

RECONSTRUCCIÓN DE LA VIDA COTIDIANA. LA CARA INVISIBILIZADA TRAS EL TERREMOTO Y TSUNAMI DEL 2010



RECONSTRUCTION OF EVERY DAY LIFE. THE HIDDEN SIDE AFTER THE 2010 EARTHQUAKE AND TSUNAMI

Mg. Marcela Salgado V.*

RESUMEN

Los procesos de reconstrucción tras la ocurrencia de desastres sicionaturales pueden ser vistos como una oportunidad para discutir respecto al cómo queremos habitar nuestros territorios. Sin embargo, los recientes procesos de reconstrucción, tras el terremoto y tsunami que afectó a un 69% de las comunas del país el 27 de febrero del 2010, han privilegiado un enfoque centrado en la recuperación de las condiciones materiales de vida, concentrando su evaluación en torno a la cantidad de viviendas construidas y olvidando, de paso, los procesos de construcción inter-subjetiva de los territorios. La imposición de este enfoque tiene entre sus consecuencias la imposibilidad de las poblaciones afectadas de volver a la normalidad o, dicho en otras palabras, de reconstruir su vida cotidiana. Ante este escenario, se propone una reflexión en torno a la noción de lugar, el acto de habitar y la construcción intersubjetiva de territorios; develando la estrecha relación de éstos y los mundos de la vida cotidiana. Finalmente, se alerta respecto a la necesidad de un cambio de enfoque epistemológico que vea en el acto de habitar el desafío central de todo proceso de reconstrucción de territorios.

Palabras Clave:

Reconstrucción, habitar, territorios, mundo de la vida cotidiana

ABSTRACT

The processes of reconstruction after the socio natural disasters can be seen as an opportunity to discuss topics related to how we want to cohabitate in our territories. However, the recent processes of reconstruction after the earthquake and tsunami that affected 69% of the communities in the country have centered on the reconstruction of the material conditions of life, focusing their evaluation on the quantity of homes built, forgetting as a consequence the inter-subjective construction processes of the territories. The imposition of this point of view has among its consequences the impossibility of the affected communities to go back to normality, or said in other words, to go back to their every day life. Upon this scenario, reflection is proposed surrounding the concept of place, the act of cohabitating and the construction of intersubjective territories ; showing the tight relationship between the and the worlds of everyday life. Finally the necessity for a change epistemological perspective that treats the act of cohabitating as the central challenge in the process of reconstructing territories.

Keywords:

Reconstruction, cohabitate, territories, world of everyday life.

*Socióloga, Universidad de Concepción. Magíster en Gestión y Planificación Ambiental, Universidad de Chile. Actualmente investigadora joven del Centro de Investigación en Vulnerabilidades y Desastres Sicionaturales (CIVDES), N° 100022, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Chile e Email: salgado.marcela@gmail.com

I. INTRODUCCIÓN

Tras la ocurrencia de desastres siconaturales, los procesos de reconstrucción pueden representar una oportunidad para preguntarnos respecto a cómo queremos *habitar* nuestros territorios; pregunta que demanda una respuesta que sea capaz de articular las significaciones contenidas en la relación entre los *sujetos* y los *lugares* y, tal como lo señalan Imilan & Fuster (2014), exige establecer un dialogo en el que cada actor asista con sus recursos (y anhelos). Sin embargo, al observar los recientes procesos de reconstrucción, luego del terremoto y tsunami que impactó a un 69% de las comunas del país el 27 de febrero del 2010 (en adelante 27/F), es posible apreciar la implementación de un modelo que deja en manos de privados el diseño de las ciudades; a esto se suma una participación concebida en sus niveles más básicos (principalmente informativa), negándole a los ciudadanos la posibilidad de ser co-constructores de sus territorios. En este sentido, las principales acciones desplegadas han visto en la ciudadanía un actor pasivo, considerando y tratando sus demandas de manera individual y fragmentada (Cares, Imilan & Vergara, 2011). De este modo, a cuatro años del desastre, la reconstrucción no sólo ha visibilizado el desequilibrio entre la acción ciudadana y los sectores más poderosos, sino que parece haberlo agudizado.

Por su parte, las evaluaciones oficiales del proceso de reconstrucción han centrado su atención en las cifras (cantidad de subsidios entregados, viviendas construidas, proyectos aprobados y en ejecución, etc.), omitiendo los modos como los propios habitantes dotan de significación este proceso. Desde esta perspectiva, las últimas evaluaciones realizadas por el gobierno anterior¹ nos presentan una reconstrucción satisfactoria, aventurando cifras cercanas al 97%², cifra que nos habla de la cantidad de viviendas reconstruidas (o en proceso de), pero que poco nos dice respecto a la construcción de territorios (más allá de la vivienda), y menos aún nos habla de la recuperación psicosocial de quienes vivieron en carne propia los efectos del desastre. Esta crítica fue planteada el 2010 por el Instituto de la Vivienda de la Universidad de Chile, quienes alertaron respecto a la inexistencia de una perspectiva integradora de los sistemas sociales y territoriales en el plan de reconstrucción presentado por el gobierno (Cares, Imilan & Vergara, 2011); sin embargo, parece que dicha advertencia no ha tenido la atención esperada por parte de las autoridades.

El enfoque que ha orientado el modelo de reconstrucción parece olvidar un aspecto central: **la reconstrucción de los territorios en tanto elemento ordenador y eje del devenir de la vida cotidiana**. En este sentido, no es extraño que para gran parte de las comunidades afectadas, a cuatro años del desastre, la reconstrucción se presente hoy como un asunto inacabado y teñido de conflictos.

Aún más, esta suerte de optimismo (centrado en las cifras) tiende a invisibilizar las experiencias y significaciones cristalizadas en demandas, frustraciones y acciones desplegadas por quienes reclaman ser actores en la reconstrucción de sus proyectos y territorios de vida. Atendiendo esto, no parece exagerado pensar que, tras la omisión de los aspectos señalados, existe una intencionalidad que busca construir una imagen del mundo divorciada de la realidad socio-histórica vivida por los actores sociales de carne y hueso, negándose a la posibilidad de conocer el significado y el modo como los actores construyen intersubjetivamente su realidad (Toledo, 2012). Intencionalidad propia de los Estados modernos, cuyo propósito consiste en homogeneizar el espacio y construir una realidad para dominarla, imponiendo un orden no tan sólo político y social sino además espacial (Campos & Yáver, 2004). De este modo, los habitantes son invalidados en tanto constructores de territorios, dejando la tarea de controlar, ordenar y dominar la realidad en manos de los diseñadores y planificadores o, simplemente en manos de intereses privados.

¹ Gobierno de Sebastián Piñera (2010-2014)

² Al respecto, en agosto del 2013 el entonces Ministro de Vivienda y Urbanismo declaró: "Tenemos un 97 por ciento de las obras que están o terminadas o en proceso de construcción. Quedan todavía siete meses por delante y tenemos un desafío importante que es ser capaces de ejecutar esas 46 mil obras que se están ejecutando y ser capaces de iniciar y terminar las seis mil que están pendientes" (Cooperativa.cl, 2013)

Ante este escenario, se propone una reflexión que busca visibilizar este aspecto silenciado de la reconstrucción, dando cuenta de sus implicancias. Para esto, resulta fundamental detenerse un momento en la noción de *habitar*, acción que otorga al habitante el carácter de actor capaz de apropiarse, significar y transformar sus espacios de vida, construyendo territorios. Desde ahí, es posible entonces analizar como un modelo que les niega a los habitantes la posibilidad de ser constructores de sus territorios, resulta incompatible con una reconstrucción de los modos de vida cotidianos de las poblaciones afectadas. Finalmente, se alerta respecto a la necesidad de un cambio de enfoque epistemológico hacia uno que no considere los territorios como *cosas en sí*, externas a la experiencia y significación de sus habitantes.

II. EL HABITAR Y LA CONSTRUCCIÓN INTERSUBJETIVA DE LOS TERRITORIOS

“El modo como tú eres, yo soy, la manera según la cual los hombres somos en la tierra es el Buan, el habitar. Ser hombre significa: estar en la tierra como mortal, significa: habitar. La antigua palabra bauen significa que el hombre es en la medida en que habita” (Heidegger, 1994)

Si bien es innegable que la reconstrucción de viviendas corresponde a una de las necesidades más urgentes luego de un desastre como el ocurrido el 27/F, los procesos de reconstrucción de los territorios no pueden (no deben) centrarse sólo en este aspecto. Más bien, resulta pertinente hacer eco de la interrogante planteada por Heidegger (1994), respecto a si las viviendas ¿albergan ya en sí la garantía de que acontezca un *habitar*?

En este sentido, no habitamos porque hemos construido, sino que **construimos y hemos construido en la medida en que habitamos, es decir, en cuanto somos los que habitan** (Heidegger, 1994); por tanto, la construcción debe ser pensada desde el *habitar*, en tanto que “modo de estar en el mundo”. Es así como, de acuerdo a lo planteado por Heidegger, el lugar surge a partir de la construcción de una edificación (una materialidad) que deja entrar al habitar, abriendo un espacio, posibilitando, la existencia humana; aún más, es necesario tener en cuenta que el construir no es sólo el medio o el camino para el habitar, el construir es en sí mismo ya el habitar. Reflexión que otorga primacía a la pregunta respecto al cómo queremos habitar para, desde ahí, comenzar a preguntarnos respecto al cómo queremos (re) construir.

Al respecto, es necesario tener en cuenta los modos de relación experiencial entre un sujeto concreto, un medio social (una colectividad) y el medio físico-construido en el que vive. Consideración que ve en el territorio más que la suma de viviendas, dando cuenta de un lugar que es *habitado* a partir de acciones que vinculan al sujeto con el espacio, al sujeto con la colectividad o a la colectividad con el espacio, en una temporalidad específica (Campos & Yavár, 2004).

De este modo, en el habitar se van generando múltiples influencias desde el espacio hacia los sujetos y colectividades, al mismo tiempo, que éstos poseen una capacidad de improvisación y transformación del espacio, dando cuenta de una profunda interrelación entre sujeto y espacio (Campos & Yavár, 2004). Es así como, en el acto de habitar se van determinando lugares centrales para la organización de las experiencias cotidianas; de modo que, al sentir cierta identificación con el lugar de residencia y entorno inmediato los sujetos generan una mayor apropiación de estos lugares. En definitiva, el habitar, más allá del acto de ocupar un lugar, significa habitarlo, apropiarse de él y transformarlo (Chardón, 2010).

Los lugares así apropiados y significados dan cuenta de procesos de *territorialidad*, procesos de conformación de territorios a partir de una relación entre *hábitat* y *habitus* (Bourdieu, 1991). En este sentido, no existe un hábitat que no contenga un habitus, no existe lo instituido (el territorio) sin procesos y sujetos instituyentes que lo habitan (Gonçalves, 2001). Los territorios, en este sentido, materializan los valores y sentidos atribuidos intersubjetivamente a un espacio y a un tiempo, al mismo tiempo, que influyen en las relaciones entre sujetos, colectividad y espacio; de modo que dicha materialización lejos de ser estática es fruto de un constante dinamismo.

Por lo tanto, territorio, entendido como un espacio dotado de sentido y modos de apropiación, no se corresponde necesariamente con los límites políticos-administrativos impuestos desde la centralidad del Estado. No existe sólo “el” territorio chileno, dividido administrativamente; más bien, coexistirían una multiplicidad de territorios en constante dinamismo, delimitados (construidos) por las acciones de quienes los habitan, enfrentados a la presión de homogeneizar los modos de vida y los espacios por ellos habitados.

Considerar los aspectos señalados, se traduce en una noción de territorios siempre cambiantes, frutos de una interacción social en la que los habitantes, en tanto actores, negocian un sentido que co-determina el curso de la relación, transformando el sentido subjetivo en un sentido intersubjetivo; en otras palabras, los territorios son construidos intersubjetivamente por quienes los habitan, incidiendo sobre el espacio vivido. En este sentido, las transformaciones o mutaciones del territorio, no se refieren únicamente a cambios estructurales, se refieren también a cambios en el significado y atributos asignados socialmente (Aliste & Urquiza, 2010).

En definitiva, los territorios deben ser capaces de contener espacios cargados de lugares, de significados, lecturas y de hechos; de modo que el territorio corresponde a una evocación del espacio con atributos de propiedad, de lugar, de identidad, de memoria, de lo político, de lo cotidiano, etc. (Aliste y Urquiza, 2010). Sin embargo, esta noción ha sido escasa o nulamente considerada en el diseño e implementación de planes de reconstrucción, que ven en los habitantes simples receptores de las acciones del Estado y actores privado, y no verdaderos co-construtores de sus territorios y proyectos de vida.

Por tanto, entender el espacio como *una cosa en sí*, externa a los sujetos, tiene implicancias que se traducen en la dificultad, declarada por los propios habitantes, de retornar a la *normalidad de su vida cotidiana* (Imilan & Fuster, 2013). Esto porque se los ha desvinculado de la construcción de los territorios desde donde se articula su cotidianidad, imponiéndoles un modelo de reconstrucción que les niega la posibilidad de ser constructores, es decir, la posibilidad del habitar.

La imposición de un modelo de reconstrucción es sentida y expresada por los propios habitantes, significación que se refleja en el siguiente extracto de una entrevista realizada a una dirigente de la ciudad de Constitución, en el contexto de la reconstrucción post 27/F:

“yo creo que aquí, el Gobierno viene a imponer sus cosas, nos dijo ‘ustedes, aquí se van a construir departamentos’, independiente de que nosotros quisiéramos casa, ellos impusieron su reconstrucción” (Dirigenta social Constitución, 2013 en Imilan & Fuster, 2013).

De este modo, la imposición de una nueva forma de habitar, trae consigo frustraciones y dificultades para adaptarse a los nuevos espacios y con ello, una dificultad para apropiarse de ellos, significarlos, reconstruirlos:

“que ponen reglas, que es como una cárcel, no ve que es condominio, y el condominio tiene cualquier regla. Para que le voy a decir que vivo tranquilo, yo me iría de allí. Yo no estoy de acuerdo con las reglas que hay allí, con las reglas que ponen” (Vecino damnificado Constitución, 2013 en Imilan & Fuster, 2013).

El relato presentado permite apreciar como los procesos de reconstrucción son interpretados fundamentalmente desde la experiencia de los propios habitantes; experiencia compartida en la esfera de la vida cotidiana y desde dónde el habitar permite la construcción de territorios.

III. EL TERRITORIO COMO RESULTADO Y ARTICULADOR DE LA EXPERIENCIA COTIDIANA

Entender que los territorios son apropiados, transformados y dotados de sentido a partir de relaciones/negociaciones intersubjetivas nos permite concebirlos como el resultado de acciones cotidianas (Campos & Yávar, 2004), al mismo tiempo que conforman una parte fundamental de la organización de lo cotidiano. De este modo, los territorios así construidos, representan un ámbito conocido y compartido, contenedor de experiencias y, a la vez, el lugar desde donde se organiza la experiencia. En este sentido, es precisamente en el *mundo de la vida cotidiana*, donde es posible la significación intersubjetiva que da lugar a los territorios, en un proceso de constante actualización. Entendiendo por el mundo de la vida cotidiana un ámbito finito de sentido donde el sujeto experimenta directamente los contextos de interacción de acuerdo a su situación biográfica, temporal y espacial; y sólo en este ámbito puede ser comprendido por sus semejantes y comprenderlos a ellos. Corresponde, por tanto, a la parte de la realidad que el actor co-construye en conjunto con sus socios, por eso, al mismo tiempo que no le pertenece a nadie en particular es de todos *nosotros* (Toledo, 2012). Al respecto, Berger & Luckmann (2005) se refieren a la vida cotidiana como una realidad interpretada por los hombres y que para ellos tienen el significado subjetivo de un mundo coherente

Un posible vínculo entre territorios y vida cotidiana lo encontramos en lo propuesto por Certeau, para quien el lugar surge cuando las relaciones que se encuentran latentes en el espacio son actualizadas por sus habitantes, identificando dos dimensiones centrales: 1) la *temporalidad* que permite la actualización de los contenidos latentes presentes en el espacio y 2) las *prácticas* humanas que hacen efectivos los contenidos posibles (Campos & Yávar, 2004). En este sentido, es en la temporalidad de la experiencia cotidiana, o temporalidad del día a día, desde donde las acciones espacializan o construyen lugares, determinando, a su vez, lugares centrales desde donde se organiza la cotidianidad. Por tanto, es el territorio, en tanto que lugar significado y apropiado, un centro operador de la experiencia, el lugar conocido desde donde se observa lo otro, lo diferente, al mismo tiempo que es eje del devenir cotidiano.

En este sentido, el lugar rescata la noción de lo cotidiano en tanto espacio que se socializa, que se va haciendo propio, que comienza a hablar desde su posición e identificación en y desde las experiencias cotidianas, para darle a este espacio un sentido y conexión con lo cotidiano (Aliste & Urquiza, 2010), en un proceso constante de territorialización.

Atendiendo esta relación estrecha entre territorios y mundo de la vida cotidiana, la destrucción de territorios producida por una catástrofe, se traduce inevitablemente en una desarticulación de lo cotidiano, una transformación de lo conocido. De este modo, los procesos de reconstrucción más allá de atender la recuperación material de los territorios, más allá de construir viviendas, tienen como desafío fundamental la reconstrucción de territorios y, con ello, la reconstrucción de lo cotidiano, otorgando a los propios habitantes la posibilidad de depositar en ellos sus preocupaciones, aspiraciones y expectativas; en este sentido, ante desastres sicionaturales, el acto de habitar es el que conforma el verdadero desafío.

Para hacer frente a este desafío resulta fundamental reconocer el acervo de conocimientos y experiencias acumuladas en los territorios, conocimientos transmitidos y apropiados por los propios habitantes, al mismo tiempo que son constantemente actualizados. Conocimiento de la vida cotidiana, entendido como el

“conjunto de saberes socialmente transmitidos y socialmente adquiridos, conjunto de soluciones prácticas sedimentadas que han sido formuladas para distintas situaciones concretas y cuyo contenido varía de acuerdo al tipo de problemas que correspondía solucionar en cada situación. Unidad contingente de explicaciones que tiene sugénesis en el pasado pero que son constantemente actualizadas en virtud de su vinculación a las situaciones presentes” (Toledo, 2012: 448).

Tipo de conocimiento que se encuentra, por ejemplo, en la leyenda mapuche que habla del enfrentamiento entre *Trengtreng filu* y *Kaykay filu*, para dar cuenta de la formación de la geografía, de lo que hoy es llamado Chile:

“Kaykay mitad serpiente mitad pez, habitante del mar, agitó su cola contra el agua produciendo una gran inundación en la tierra. Trangteng filu, la serpiente de la tierra, va formando cerros y volcanes mientras a su lomo va subiendo la gente para ponerlo a salvo de las aguas” (Cares, Imilan & Vergara, 2011: 6).

Saber construido y heredado respecto a sus territorios, que permitió la sobrevivencia de gran parte de la población que sufrió los efectos del tsunami del 27/F.

Específicamente, en los relatos de pobladores de la Caleta de Llico (que en mapudungun significa “salida de agua”), localizada en el Golfo de Arauco (VIII Región), es posible observar como los conocimientos respecto a su territorio o, en otras palabras, el sentido común respecto al cómo actuar en determinadas circunstancias, heredados y actualizados en las prácticas cotidianas, les permitió evacuar oportunamente hacia los cerros y no tener que lamentar pérdidas humanas, como consecuencia del maremoto que destruyó la zona:

“(…) la gente la encontré muy ordenada. Los de mayor edad decían ‘tienen que salir todos de sus casas, porque el mar se va a salir. Y todos pa los cerros, arranquen para los cerro y la gente caminando (…). Eso me admiró a mí, porque sin haberle enseñado a la comunidad como actuar en un momento así’ (Presidenta Junta de Vecinos, Llico, 2013 en Imilan & Fuster, 2013).

“Viene el temblor como tan fuerte, lo que la gente visualizó que se encogía el mar, los pescadores tomaron sus bultos y se fueron hacia el cerro simplemente, de una forma muy ordenada y eso evitó que hubieran muertes en el sector (Vecino de Llico, 2013 en Imilan & Fuster, 2013).

Activando el acervo de saberes que posee, la comunidad de Llico logra hacer frente a la emergencia; sin embargo, en la etapa de reconstrucción las acciones del Estado y privados parecen no tener la intención de involucrarlos. De este modo, la reconstrucción es aún concebida como un proceso inacabado por parte de la comunidad, debido a que se les ha impuesto un modelo que ha desconocido sus prácticas cotidianas, imponiendo nuevas formas de habitar sus territorios (Imilan & Fuster, 2013; Imilan & Fuster, 2014).

Lamentablemente, el modelo y las prácticas de reconstrucción están pensando en construir edificaciones para que las personas vuelvan a habitar sus territorios, olvidando que es a partir del acto de habitar desde donde se construye. Esto implica la imposición de modos de vida que no se articulan a sus prácticas cotidianas, evidencia que reclama un cambio de enfoque epistemológico al momento de pensar la reconstrucción.

IV. HACIA UN NUEVO ENFOQUE EPISTEMOLOGICO PARA ABORDAR LA RECONSTRUCCIÓN

“Cuando se habla de hombres y espacio, oímos esto como si el hombre estuviera en un lado y el espacio en otro. Pero el espacio no es un enfrente del hombre, no es ni un objeto exterior ni una vivencia interior. No hay los hombres y además espacio” (Heidegger, 1994).

Lo expuesto hasta el momento habla de un proceso de reconstrucción que ve y trata a los territorios en tanto que objetos separados del sujeto, desconociendo que éstos son construidos por medio de la interacción entre sujetos y lugares; centrando, por tanto, la atención en los aspectos materiales por sobre el acto de habitar.

Se trata, de este modo, de un enfoque, arraigado en la tradición positivista, que no permite comprender el modo como los territorios son construidos mediante prácticas cotidianas y como, a la vez, representan un eje articulador de lo cotidiano. Entre las implicancias de dicho enfoque, tal como ya ha sido señalado, se encuentra la dificultad, expresada por los propios habitantes, de adaptarse a nuevos modos de vida impuestos y, por tanto, una dificultad para reconstruir sus vidas cotidianas, en un aquí y

un ahora que parece ya no pertenecerles.

Ante tal escenario, se alerta respecto de la necesidad de adoptar un nuevo enfoque al momento de emprender el desafío de reconstruir territorios. Desafío que, asumido desde una socio-fenomenología, nos permitiría observar, describir, interpretar y comprender la vida social cotidiana (Toledo, 2012) y, por tanto, aprehender el habitar *desde y en* lo cotidiano. Reconociendo, al mismo tiempo, a los habitantes en tanto *expertos* en el campo de lo cotidiano y portadores de saberes prácticos respecto de sus territorios.

De este modo, dejar de entender el espacio como algo externo, manipulable, posible de diseñar, transformar y ordenar desde fuera implica, además, dejar de considerar a los habitantes como simples receptores de intervenciones externas y validarlos en tanto portadores de saberes y una capacidad propia de organización de sus espacios de vida. Significa, en otras palabras, validarlos como actores centrales en la reconstrucción de territorios modificando, por tanto, el enfoque que orienta el diseño de las políticas públicas en la materia. En esta línea, Toledo (2012), señala que es precisamente en el mundo de la vida cotidiana donde intervinimos por medio de nuestras actividades corporales y es en virtud de nuestros movimientos corporales que ella puede ser modificada; siendo, por tanto, el ámbito del mundo que podemos cambiar o transformar.

Considerando lo anterior, se propone un nuevo territorio epistemológico desde donde se reconstituyan las relaciones entre sociedad-naturaleza. Enfoque que demanda de nuevas aproximaciones metodológicas que permitan develar las relaciones simbólicas entre los habitantes y sus territorios; herramientas que permitan observar detenidamente el acto de habitar y que rescaten los saberes contenidos (y actualizados) en los territorios. Para esto es fundamental incorporar y establecer un diálogo entre técnicas provenientes de distintas disciplinas tales como geografía, sociología, antropología, entre otras; en este sentido, sólo el diálogo entre diversas técnicas nos podrá permitir aprehender las distintas dimensiones presentes en la relación entre habitantes y territorios.

Por tanto, tal como lo señalan Aliste & Musset (2014), la invitación es a observar con detenimiento el acto mismo de habitar, en este caso, en escenarios de reconstrucción, el acto de habitar territorios que contienen las huellas dejadas por terremotos, tsunamis, inundaciones, incendios o erupciones volcánicas; huellas que van otorgándole un carácter particular a la construcción social de los territorios. De este modo, reconocer lo visible y lo invisible, lo objetivo y lo subjetivo, lo tangible y lo intangible de estos procesos es imprescindible para lograr mirar el territorio desde un enfoque que ya no se centre sólo en los aspectos materiales.

En definitiva, se trata de comprender el habitar a partir de la experiencia de los propios habitantes, considerando también aquellos elementos como la alegría y la tristeza, el cariño o el desagrado, el amor y el odio, la simpatía y la antipatía en tanto elementos que forman parte de la experiencia humana (Toledo, 2013) y, por tanto, que participan de la construcción misma de los territorios. Se trata de develar y relevar la interpretación de la realidad tal como la perciben los sujetos que la viven y habitan; se trata, por tanto, de visibilizar la cara que han tendido a ocultar los procesos de reconstrucción.

V. COMENTARIOS FINALES

El análisis presentado busca dar cuenta de las implicancias de un proceso de reconstrucción orientado bajo un enfoque que ve en los territorios objetos separados de la experiencia de sus habitantes y, por tanto, como objetos posibles de ser manipulados, transformados o diseñados desde fuera. Entre las principales implicancias de este enfoque, tal como se ha señalado en el texto, se encuentra la dificultad para reconstruir el mundo de la vida cotidiana; impidiendo a varias comunidades, a cuatro años del terremoto y tsunami del 27/F, dar por finalizada la reconstrucción. Se plantea, por tanto, la necesidad de un cambio de enfoque epistemológico al momento de abordar estas temáticas en contextos de reconstrucción. Al respecto, tal como lo señalan Aliste y Pérez:

“A lo largo de todo el país algunos centros urbanos evidencian tanto en su arquitectura como en sus habitantes, los rezagos de los movimientos de la tierra y de la inclemencia del mar, lo que los ha llevado a construir una forma de vivir el espacio inseguro y mecanismos de adaptación a las catástrofes” (Aliste & Pérez, 2013: 200).

Sin embargo, parece ser que este acervo de conocimientos materializados en formas de habitar y construir territorios, no ha sido suficientemente considerado por quienes toman las decisiones sobre el cómo reconstruir luego de una catástrofe; destacándose una ausencia de memoria contenida en la ciudad en el ámbito de la acción pública (Aliste & Pérez, 2013). Por el contrario, lo que parece predominar es un constante comenzar de cero, territorios que se rehacen y reconstruyen constantemente; obligando a las personas a construir una y otra vez sus proyectos de vida, enfrentándose a acciones que desconocen la historia de sus territorios. Este aspecto explicita la demanda por un modo distinto de abordar estos fenómenos.

Finalmente, y considerando todo lo expuesto, se cree necesario asumir que en todo acto de reconstrucción hay un acto político, en tanto acciones cuya intencionalidad parece reducirse a intervenir el territorio en función de los intereses del Estado y los sectores privados. Asumiendo esto, es necesario entonces asumir también la necesidad de una epistemología que deje de entender al espacio en tanto objeto separado del ser humano y asuma su rol político en tanto participe en la co-construcción de los territorios. El desafío, por tanto, consiste en diseñar aproximaciones en las que el observador tome su rol de co-constructor de la realidad junto con los habitantes; asumir este papel significa reconocer el rol político de un/a investigador/a al momento de participar de los procesos de reconstrucción, participando en la construcción de significaciones, apropiaciones y delimitaciones de los territorios. Práctica que demanda a su vez ejercicios constantes de vigilancia epistemológica.

VI. BIBLIOGRAFÍA

- Aliste, E. & Musset, A. (2014). *Pensar los territorios del desarrollo: sustentabilidad y acción pública en nombre de la una ciudad imaginaria*. Concepción (Chile), 1950-2010. EURE, 40 (120), 91-110.
- Aliste, E. & Pérez, S. (2013). *La reconstrucción del Gran Concepción: territorio y catástrofe como permanencia histórica*. Revista de Geografía Norte Grande, 54: 199-218.
- Aliste, E. & Urquiza, A. (comps.). (2010). *Medio ambiente y sociedad. Conceptos, metodologías y experiencias desde las ciencias sociales y humanas*. Santiago: RIL editores.
- Arriagada, L. (2005). *La intersubjetividad y la construcción del mundo social*. Cuadernos de trabajo social, 1, 44-47.
- Berger, P & Luckmann, T. (1991). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bourdieu, P. (1991). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- Cares, C., Imilan, W. & Vergara, P. (comps.). (2011). *Reconstrucciones sociedad civil. Experiencias de reconstrucción en Chile post 27F desde la sociedad civil*. Instituto de la Vivienda, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile.
- Campos, F. & Yávar, P. (2004). Documento de trabajo N° 5: *Lugar residencial. Propuesta para el estudio del hábitat residencial desde la perspectiva de sus habitantes*. Serie Documentos de trabajo, Instituto de la Vivienda, Universidad de Chile.
- Chardon, A. (2010). *Reasentar un hábitat vulnerable. Teoría versus praxis*. Revista INVI. 70 (25): 17-75.
- Heidegger, M. (1994). *Construir, habitar, pensar*. Traducción de Eustaquio Barjau, en conferencias y artículos, serbal, Barcelona.

- Imilan, W., Fuster, X. (coord.) (2013). *Terremoto y tsunami post 27F: El caso de Constitución, Arauco y Llico*. Observatorio de la Reconstrucción, Instituto de la Vivienda, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile.
- Imilan, W. & Fuster, X. (2014). Llico post 27F: *La Comunidad invisibilizada en la reconstrucción de su hábitat residencial*. En: Ética, poder y territorio. Editorial Aún Creemos en los Sueños, Monde diplomatique.
- Porto-Gonçalves, C. (2001). *Geo-grafías. Movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*. México: Editorial Siglo XXI.
- Toledo, U. (2012). *Socio-fenomenología. El significado de la vida social cotidiana*. Hualpén: Editorial Pencopolitana.
- Toledo, U. (2013). *Conocer el conocimiento. Epistemología y fenomenología*. Cuadernos de Trabajo Social, 9, 61-72. Chile: Universidad San Sebastián.

Recibido el 11 demarzo, 2014. Aceptado el 26 de junio, 2014.